

fundado ya otro en Caen (1063) bajo la invocación de San Esteban. Su muger Matilde estableció en la misma ciudad el de la Trinidad para las personas de su sexo. Estas dos fundaciones fueron una especie de penitencia por el pecado que el rey y la reina habían cometido casándose no obstante el parentesco que tenían, cuya dispensa les concedió el Papa con aquella condición; porque la separación de los consortes, según las representaciones que hizo al Pontífice el sábio Lanfranco, hubiera atraído á la nación una guerra peligrosa por parte del conde de Flandes, padre de Matilde.

Guillermo que sabía apreciar los talentos, no se contentó con hacer á Lanfranco primer abad de San Esteban, donde este doctor profundo compuso su tratado de la Eucaristía contra Berengario, sino que habiendo vacado el arzobispado de Cantorberi, juzgó el rey que no había otro mas digno que este piadoso y sábio cenobita de ser elevado á la primera Silla de Inglaterra; este juicio que había formado fué lo único que le movió á hacer fuese colocado en ella el abad de San Esteban, porque sin embargo de que el rey Guillermo gustaba de dar los principales empleos á sus vasallos de Normandía mas bien que á los de Inglaterra, no era menos justo en su predilección que en su severidad. Lanfranco se mostró tanto mas digno de esta elevación, cuanto mayor fué la resistencia con que se opuso á aceptarla, pues habiendo rehusado ya el arzobispado de Rouen, solo prestó su consentimiento á aceptar el de Cantorberi en vista de las instancias unánimes de todos los obispos, y movido del temor de resistir á la voluntad de Dios (1070). No por esto dejó de escribir despues al Papa para que le exonerase de una dignidad de que siempre se reputó indigno. Pero no consiguió lo que deseaba, y así fué arzobispo toda su vida. Solo para el bien de la Iglesia se aprovechó

de la benevolencia, ó por mejor decir, de la intimidad de su soberano, el cual le comunicaba sus mas ocultos pensamientos; lo cual no estorbaba á este generoso prelado contradecirle en todo lo que se oponía al bien de la Religión. Así es que conservó el clero monástico en todas las catedrales de Inglaterra contra la inclinación del rey, que se manifestaba muy á las claras en el hecho de elegir de entre los individuos del clero secular casi todos los obispos. Cuidó Lanfranco de que confirmase el Papa Alejandro las disposiciones de San Gregorio relativas á este punto, y dió unas providencias tan eficaces para que se observasen en lo sucesivo, que subsistió esta costumbre hasta el cisma de Enrique VIII.

Algun tiempo despues de la revolución de Inglaterra, experimentó el imperio de Oriente una fermentación cuyas resultas fueron mucho mas funestas (1). Habiendo muerto Constantino Ducas en el mes de mayo del año 1067, su muger Eudoxia, despues de poner en manos del patriarca Xifilino la promesa de no volver á casarse, reinó con sus tres hijos Miguel, Andrónico y Constantino. En menos de un año se experimentaron los mas tristes efectos de este gobierno así compartido. Entonces fué cuando los turcos selyúcidas tomaron un ascendiente que presagiaba todo lo que de ellos había que temer. La nación de los turcos, que formaba parte de la de los hunnos, y que como estos descendía de la gran Tartaria, se dividía antiguamente en nueve ramas, de las cuales la de Selyuc, hijo de Decac (el primero que se hizo musulman) invadió despues todo el imperio de los Califas con el de Constantinopla. Las conquistas de estos infieles en el país de los griegos empezaron por las provincias mas orientales del Asia menor, en las que hicieron

(1) Curopal. pag. 817.

horribles estragos en los primeros meses del reinado de Eudoxia. Para contener sus progresos se conoció era necesario un emperador capaz de mandar los ejércitos, y se dió á entender esto á la emperatriz, la cual no se mostró sentida de la obligación que se la imponía de volver á casarse. No tardó mucho tiempo en elegir esposo, fijándose en Roman Diógenes, jefe del guardacostas, á quien había perdonado ya la vida despues de algunas rebeliones. Pero á esto se oponía un obstáculo, que era la promesa que había hecho al patriarca de no volver á abrazar el estado del matrimonio; veamos pues á qué ardid se apeló para obviar esta dificultad.

Envió la emperatriz un eunuco muy listo y de toda confianza con encargo de decir al patriarca que en él consistía hacer emperador á su hermano Bardas; que para esto no necesitaba mas que suprimir la promesa injusta que se había exigido violentamente á Eudoxia, y que al momento se casaría con él. El tal Bardas era un libertino sin ningún mérito ni reputación; mas no por eso dejó de caer torpemente en el lazo del ambicioso patriarca. Fué este á visitar á todos los grandes, les exageró los inconvenientes de la viudez de Eudoxia y la necesidad de tener un emperador al frente de los ejércitos y de los asuntos públicos, y no hubo ni uno solo que dejase de ceder á sus insinuaciones. Luego que estuvieron bien dispuestas todas las cosas, Roman Diógenes entró de noche y bien armado en el palacio, donde se casó con la emperatriz (1068). Esta conducta del patriarca Xifilino nos da á entender lo que debemos pensar de los elogios que de su virtud hacen los griegos. Se le ha atribuido falsamente el compendio de Dion Casio; pero hoy día una crítica mas ilustrada no permite confundirle con Xifilino el historiador, autor de este compendio.

Al principio fué feliz Roman Diógenes en la guerra contra los musulmanes; pero en 1071 fué derrotado su ejército, y él quedó prisionero del sultan Asan. Habiendo mandado el vencedor que se le presentase, le hizo echarse en tierra y le pateó, conformándose con la costumbre bárbara de su nación, aunque no sin repugnancia, pues le levantó inmediatamente, le abrazó y le sentó á su mesa. Despues le preguntó cómo se habría portado él si hubiese quedado vencedor. Creyendo Diógenes que se honraria mostrándose intrépido en el cautiverio, respondió que le hubiera hecho morir á golpes. «Pues yo, replicó el sultan, en vez de portarme contigo cual merecias por tu arrogancia, quiero seguir las máximas de tu Cristo que mandá que se olviden las injurias. Recibe pues la paz y la libertad de aquel á quien aborreces.» En efecto, le envió libre despues de haber concluido con él un tratado. Pero á la primera noticia de la derrota de Diógenes, los grandes habían encerrado en un convento á la emperatriz Eudoxia despues de haber hecho que la cortasen el pelo, y luego que regresó el emperador le prendieron y le sacaron los ojos con tal crueldad que murió muy en breve. Despues de esta revolución fué reconocido por único emperador Miguel Ducas, hijo primogénito de Eudoxia, el cual fué un príncipe cobarde y desaplicado, sin mas talento que para ganar fraudulentamente en el comercio de trigo, por cuya razón se le dió el nombre de Parapináceo.

Parece que este emperador conservó todavía alguna especie de comunión con la Santa Sede; supuesto que el Papa Alejandro le envió un legado, que fué bastante bien recibido, y permaneció un año en Constantinopla, esto es, hasta la muerte de aquel Pontífice, que sucedió á 21 de abril de 1073. Ningun otro era mas á propósito que este legado llamado Pedro para hacer

fuese honrada en su persona la Silla que representaba, porque además de estar emparentado con los príncipes de Salerno, había abrazado desde la infancia la vida monástica, y estaba tan penetrado del espíritu de abnegación, que fué necesario arrancarle del claustro para hacerle obispo de Anagni. Gobernó esta iglesia por espacio de cuarenta y tres años con tanta edificación, que fué colocado solemnemente en el número de los Santos por una bula de Pasqual II espedita á 4 de junio de 1109.

No era mas estimable ó por lo menos no era mas virtuoso que Miguel Papapínaceo el príncipe que gobernaba el imperio de Occidente. El rey Enrique IV, que á la edad de seis años había sucedido á su virtuoso padre Enrique el Negro (1056), reinó primeramente bajo la tutela de su madre la emperatriz Inés, y luego bajo la de San Annon, arzobispo de Colonia; pero no faltaron aduladores que le pervertieron muy luego y le arrastraron á los mas espantosos desórdenes. En vano para remediar la impureza que le devoraba hizo el santo arzobispo de Colonia que se casase en 1066 con la princesa Bertha, hija de Othon, marqués de Suze, con la que estaba desposado: el jóven Enrique no tenia mas de 18 años y ya era uno de los hombres mas viciosos y corrompidos (1). No contentándose con tener á un mismo tiempo dos ó tres concubinas, su libertinage desenfrenado no respetaba á la inocencia virginal ni á la fidelidad conyugal. Cuando oía hablar de la hermosura de alguna persona jóven, hacia que se la presentasen de grado ó por fuerza: iba algunas veces él mismo á apoderarse de ella, esponiendo su propia vida; y entonces, si no lograba seducirla, usaba de la opresion y de una violencia

(1) *Hist. bell. Sac.* pag. 102; *Chron. Magá. Ms.* ann. 1068.

brutal. Su impudicia le hizo cruel, de modo que no tenia Enrique el menor reparo en perder á los maridos, cuando le servian de obstáculo para hacerse dueño de sus mugeres. Sus cómplices y sus confidentes, entre los cuales habia pocos que le igualasen en depravacion, eran igualmente sacrificados cuando con una palabra ó con un solo gesto daban á entender que desaprobaban sus excesos. Por poco sospechosa que le fuese su discrecion, le bastaba esto para deshacerse de ellos cautelosamente, porque supo conciliar la hipocresía y la perfidia con las pasiones mas fogosas. No menos disimulado que implacable en su ira, mandaba asesinar á los que le habian desagradado, cuando ellos estaban mas distantes de pensar que habian incurrido en su indignacion, y luego fingia sentir tanto su muerte que derramaba copiosas lágrimas. La simonía, perseguida con tanto celo por los hombres de probidad, fué el menor abuso que cometió en la distribucion de los beneficios eclesiásticos. Si obtenian los obispos aquellos que le daban mas dinero, solo podian tener seguridad de poseerlos los que servian de ministros á sus pasiones vergonzosas. Hacia deponer á los primeros como simoniacos, y ponía en su lugar á los otros; de suerte que una misma Silla solia tener dos obispos, tan justos acusadores uno de otro como indignos competidores.

Los desórdenes que esta conducta introdujo en la Iglesia y en el imperio á pesar de todas las representaciones de la emperatriz madre y de algunos piadosos prelados, como San Annon de Colonia, los obligaron á abandonar la corte. El arzobispo se retiró al monasterio de Sigeberg que él mismo habia fundado, y allí por espacio de tres años del mas severo retiro acabó de santificarse con la oracion, con las austeridades y con el continuo ejercicio de todo género de

buenas obras (1). La emperatriz pasó á Roma y se puso bajo la direccion de Pedro Damiano, con quien, segun nos dice él mismo, hizo una confesion general desde la edad de cinco años, no solo de las acciones malas, sino de todos los movimientos desordenados del corazon, y hasta de los pensamientos y de las palabras ociosas, en cuanto pudo acordarse; á lo que añade este autor piadoso, que no se la impuso otra penitencia que la de continuar con la vida humilde y austera que habia abrazado (2). Y en efecto, perseveró en ella hasta la muerte (1077)

LIBRO TRIGÉSIMO-TERCERO.

Desde el principio del Pontificado de San Gregorio VII en el año 1073, hasta el de Urbano II en el de 1088.

SAN Gregorio VII, tan célebre por sus desavenencias con el emperador Enrique IV, habia recibido de la naturaleza, como hemos podido observar por lo que de él hemos dicho hasta aquí, aquella fuerza de carácter y aquel ascendiente inesplicable que, á pesar de un humilde nacimiento y de otros mil obstáculos, dan infaliblemente la superioridad sobre toda clase de personas. En el discurso de los tres últimos pontificados que, por decirlo así, principiaron bajo sus auspicios, habia egerecido el principal influjo en todos los asuntos de importancia. Negóse muchas veces á subir á la Silla Pontificia, siendo al parecer el árbitro de

(1) *Lamb. ann.* 1073.

(2) *Petr. Dam. Opusc.* 36, cap. 5.

orando sin interrupcion, haciendo asombrosas limosnas, vistiendo con mucha pobreza, y practicando unas mortificaciones que parecian superiores aun á las fuerzas de los santos solitarios. El rey Enrique, abandonado á sí mismo y á sus aduladores, y careciendo de freno y de moderacion, se entregó á aquellas sus pasiones desarregladas, que poco despues contenidas por la firmeza inflexible de Gregorio VII, ocasionaron entre las dos potestades un choque tan funesto.

ella. Por último, despues de la muerte de Alejandro II se vió obligado á aceptarla en 22 de abril de 1073; pero aun entonces escribió al rey Enrique, rogándole que no consintiera en su elevacion; y para obligarle mas á ello, le declaró que si continuaba en el pontificado, no dejaria impunes sus delitos. Sin embargo, confirmó este príncipe la eleccion, y comisionó al obispo de Vercelli para la consagracion de Gregorio, cuya ceremonia no se verificó hasta el dia 30 de junio. Esta fué la última eleccion pontificia cuya acta ó decreto se envió al rey de Italia para que la confirmase. Debemos observar que Hildebrando, no siendo entonces mas que diácono, recibió el orden de presbítero antes de ser consagrado Papa: nueva prueba de lo falsas que son las im-